

2. ESCRITURA, TRADICION Y TRADICIONES

Relación de Montreal, 1963

Siguiendo la propuesta de la III Conferencia Mundial de Fe y Constitución de Lund en 1952, «para investigar más a fondo los recursos que encontramos en nuestra historia común como cristianos, la cual, según hemos descubierto, es más extensa, amplia y rica que cualquiera de nuestras historias aisladas», se nombró una Comisión Teológica para que estudiara «la Tradición y las tradiciones». Esta comisión trabajó durante los años siguientes por medio de dos grupos de estudio, uno en Europa y otro en Norteamérica, bajo las presidencias respectivas de K.E. Skydsgaard y de A.C. Outler. En 1961 la comisión publicó una relación provisional, *The Old and the New in the Church* (FO Paper, n.34 [Londres]), y en 1963 la relación definitiva *Tradition and traditions* (FO Paper, n.40). Ambas relaciones fueron sometidas a la sección segunda de la IV Conferencia Mundial de Fe y Constitución de Montreal en 1963. Como material de base adicional, esta sección usó un documento titulado «Extracts from Regional Studies» (copia ciclostilada en archivos de la Biblioteca del CEI, Montreal, julio de 1963, Sección II/3), y que trataba concretamente de los problemas de la inculturación. Como guía para la discusión en la Conferencia había sido preparado un trabajo especial (*ibid.*, Sección II/1). La Conferencia redactó y aprobó la relación que a continuación reproducimos. Fue publicada por primera vez en *The Fourth World Conference on Faith and Order. Montreal 1963* (FO Paper, n.42, [Londres 1964] 50-60). Para facilitar las referencias mantene-

mos aquí la numeración de los párrafos de esta publicación. La versión española que aquí se ofrece difiere de las ya existentes de esta relación. Una publicada por la Biblioteca de autores Cristianos: L. Vischer (ed.), *Textos y documentos de la Comisión "Fe y Constitución"* (1910-1968) (Madrid 1972) 185-199; las otra en B. D. Dupuy (ed.), *Vaticano II. La revelación divina*, vol. II (Madrid 1970) 341-358.

INTRODUCCIÓN

38. Nos encontramos reunidos en Montreal delegados de iglesias con antecedentes muy diversos y trayectorias históricas muy distintas y, pese a tales diferencias, consideramos posible encontrarnos unos y otros en la fe y la esperanza del único Padre que, por Jesucristo su Hijo, ha enviado al Espíritu Santo para congregar a todos los hombres en la unidad entre sí y con Él mismo. Apoyados en esta fe y en esta esperanza, y en el contexto de la oración común al Dios uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hemos estudiado juntos el problema de la Tradición única y de las diversas tradiciones y, a pesar de nuestras divisiones, hemos descubierto que podíamos hablar entre nosotros y progresar en la comprensión mutua.

39. En nuestra relación hemos hecho una distinción entre determinados significados distintos de la palabra *tradición*. Hablamos de la *Tradición* (con mayúscula), *tradición* (con minúscula), y *tradiciones*. Por la *Tradición* entendemos el mismo Evangelio transmitido de generación en generación en el seno de la Iglesia y por medio de ella, el mismo Cristo presente en la vida de la Iglesia. Con *tradición* queremos indicar el proceso de transmisión. El término *tradiciones* lo usamos en dos sentidos, para indicar tanto la diversidad de formas de expresión, como lo que podríamos llamar las tradiciones confesionales; p.ej., la tradición luterana o la tradición reformada. En la parte final de nuestra relación la palabra aparece aún con otro significado, cuando nos referimos a las tradiciones culturales.

40. Nuestra relación contiene lo esencial del trabajo de tres subsecciones. La primera trató el tema de la relación Tradición-Escritura, considerada esta última como el testimonio profético y apostólico escrito de la obra de Dios en Cristo, cuya autoridad to-

dos aceptamos. El interés de la segunda se concentró en el problema de la Tradición única y de las muchas tradiciones de la cristiandad, tal y como han ido surgiendo a lo largo de la historia de la Iglesia. La tercera abordó los problemas más urgentes planteados tanto en la vida de las iglesias jóvenes, como en las occidentales con respecto a la encarnación de la Tradición cristiana en las diversas culturas y lenguas.

41. La primera parte fue objeto de una discusión detenida y la Sección la aprobó en su totalidad. Debido a la falta material de tiempo, no fue posible prestar la misma atención cuidadosa a las partes segunda y tercera. La Sección las recomienda en conjunto para su estudio.

I. ESCRITURA, TRADICIÓN Y TRADICIONES

42. Como cristianos todos reconocemos con gratitud que Dios se ha revelado a sí mismo en la historia del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento y en Jesucristo, su Hijo, el mediador entre Dios y los hombres. La gracia de Dios y su gloria son el principio y el fin de nuestra propia historia. El testimonio de los profetas y los apóstoles inauguró la Tradición de su revelación. La única e irrepetible manifestación de Dios en Cristo inspiró a los apóstoles y discípulos a dar testimonio de la revelación ofrecida en la persona y obra de Cristo. Nadie pudo, ni nadie puede «decir que Jesús es el Señor, si no es por el Espíritu» (1 Cor 12,3). La tradición oral y escrita de los profetas y los apóstoles bajo la dirección del Espíritu Santo condujo a la formación de las Escrituras y a la canonización del Antiguo y del Nuevo Testamento como la Biblia de la Iglesia. El mismo hecho de que la Tradición preceda a la Escritura indica la importancia de la Tradición, pero también la importancia de la Biblia como depósito de la Palabra de Dios.

43. La Biblia plantea el problema de Tradición y Escritura de forma más o menos implícita; la historia de la teología cristiana lo plantea explícitamente. Mientras que la Iglesia primitiva no consideró esta relación como problemática, después de la Reforma «la Escritura y la Tradición» ha sido tema de controversia en el diálogo

entre la teología católica romana y la protestante. Del lado católico romano se ha entendido la tradición generalmente como la verdad divina expresada no sólo en la Escritura, sino también transmitida oralmente. La posición protestante ha consistido en apelar sólo a la Sagrada Escritura, como autoridad suficiente e infalible en todas las cuestiones referentes a la salvación, y a la cual debe someterse toda tradición humana. La opinión de la Iglesia Ortodoxa apenas se tenía en cuenta en las discusiones occidentales hasta hace muy poco tiempo.

44. Por diversas razones en estos momentos se hace necesaria una reconsideración de estas posturas. Somos ahora más conscientes de que vivimos en diversas tradiciones confesionales; como se afirmaba paradójicamente; «Ha sido tradicional en mi iglesia no atribuir peso alguno a la tradición». El estudio de la historia, juntamente con el encuentro entre las iglesias en el movimiento ecuménico, nos ha conducido al reconocimiento de que la proclamación del Evangelio está siempre e inevitablemente condicionada por la historia. Somos conscientes también de que en la teología católica romana está experimentando una seria reconsideración el concepto de tradición.

45. En nuestra situación actual deseamos reconsiderar el problema de la Escritura y la Tradición, o más bien de la Tradición y la Escritura. Por esta razón deseamos proponer la declaración siguiente como una forma fecunda de reformular el tema. Nuestro punto de partida es que todos nosotros vivimos en el seno de una tradición que se remonta a nuestro Señor y que hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, y que estamos en deuda con esa tradición, porque mediante su transmisión de generación en generación ha llegado hasta nosotros la verdad revelada, el Evangelio. Podemos por ello decir que existimos como cristianos por la Tradición del Evangelio (la *parádosis* del *kerygma*) testimoniada en la Escritura, transmitida en el seno de la Iglesia y por ella mediante el poder del Espíritu Santo. La Tradición considerada de esta manera se actualiza por la predicación de la Palabra, en la administración de los sacramentos y en el culto, en la enseñanza y teología cristiana, y en la misión y en el testimonio de Cristo, mediante la vida de los miembros de la Iglesia.

46. En el proceso de tradición es transmitida la fe cristiana, no sólo como una suma de dogmas, sino también como una realidad viva transmitida por medio de la operación del Espíritu Santo. Podemos hablar de la Tradición (con mayúscula) cristiana, cuyo contenido es la revelación de Dios y su autodonación en Cristo, presente en la vida de la Iglesia.

47. Pero esta Tradición que, es obra del Espíritu Santo, está encarnada en tradiciones (en los dos sentidos de la palabra, en lo referente a la diversidad de formas de expresión, y en lo que respecta a comuniones separadas). Son diversas las tradiciones en la historia cristiana y distintas de la Tradición, pero están conectadas con ella. Constituyen expresiones y formas históricas diversas de la única verdad y realidad que es Cristo.

48. Esta interpretación de las tradiciones plantea serios problemas. Algunos plantean cuestiones como las siguientes: ¿es posible determinar con la mayor exactitud cuál es el contenido de la única Tradición y con qué medios? ¿Contiene la Tradición todas las tradiciones cristianas? ¿Cómo podemos distinguir entre las tradiciones que encarnan la Tradición auténtica y las que articulan meramente tradiciones humanas? ¿Dónde se halla la Tradición genuina y dónde una tradición empobrecida o inclusive una distorsión de la Tradición? La Tradición puede ser una transmisión fiel del Evangelio, pero también una distorsión del mismo. Esta ambigüedad nos advierte de la seriedad del problema.

49. Tales preguntas implican la búsqueda de un criterio. Esto ha sido para la Iglesia una de las principales tareas desde su comienzo. En el Nuevo Testamento hallamos advertencias contra falsas enseñanzas y desviaciones de la verdad del Evangelio. Para la Iglesia posterior a los Apóstoles se hizo normativa la apelación a la Tradición recibida de los Apóstoles. A medida que esta Tradición fue tomando cuerpo en los escritos apostólicos, se hizo natural el uso de esos escritos como autoridad para determinar dónde se encontraba la verdadera Tradición. En medio de toda tradición, estos primeros documentos de la revelación divina tienen un valor fundamental, dado su carácter apostólico. Pero la crisis gnóstica del siglo II muestra que la mera existencia de los escritos apostólicos no resolvía el problema. La cuestión de la interpretación se suscita tan pronto co-

mo aparece la apelación a documentos escritos. Cuando el canon del Nuevo Testamento fue finalmente definido y reconocido por la Iglesia, se hizo aún más natural el uso de este cuerpo de escritos como criterio indispensable.

50. La Iglesia tiene que interpretar la Tradición en su forma escrita, como Sagrada Escritura (que comprende el Antiguo y el Nuevo Testamento) en situaciones siempre cambiantes. Tal interpretación de la Tradición se encuentra en la cristalización de la Tradición en los credos, en las formulas litúrgicas de los sacramentos, en otras formas de culto y también en la predicación de la Palabra y en las exposiciones teológicas de la doctrina de la Iglesia. Una mera reiteración de las palabras de la Escritura supondría una traición al Evangelio, que debe hacerse comprensible y debe presentar un desafío al mundo.

51. La necesidad de interpretación suscita de nuevo la cuestión del criterio para distinguir la Tradición genuina. A lo largo de la historia de la Iglesia se ha considerado como criterio la misma Escritura rectamente interpretada. Pero, ¿que es la «recta interpretación»?

52. Las Escrituras, en cuanto documentos, pueden ser nuevamente letra. Sólo el Espíritu es Señor y Dador de vida. Podemos por ello decir que la recta interpretación (tomando las palabras en el sentido más amplio posible) es la interpretación dirigida por el Espíritu Santo. Pero esto no resuelve el problema del criterio. Llegamos así a la búsqueda de un principio hermenéutico.

53. Este problema ha sido tratado de forma distinta por las diversas iglesias. En algunas tradiciones confesionales el principio hermenéutico aceptado ha sido que toda porción de la Escritura debe interpretarse a la luz de la totalidad de la Escritura. En otras, la clave se ha visto en lo que era considerado como el centro de la Escritura, poniéndose un énfasis prioritario en la encarnación, o en el anonadamiento y la redención, o en la justificación por la fe, o en el mensaje de la proximidad del Reino de Dios, o en la enseñanza ética de Jesús. Todavía en otras se ha puesto el acento en lo que la Escritura dice a la conciencia individual bajo la guía del Espíritu Santo. En la Iglesia Ortodoxa la clave hermenéutica se sitúa en la memoria de la Iglesia, especialmente en la forma en que es expresa-

da por los Padres de la Iglesia y por los Concilios Ecuménicos. En la Iglesia Católica Romana la clave hermenéutica se halla en el depósito de la fe, del cual es custodio el magisterio de la Iglesia y el testimonio de los Padres, lo que se considera la clave correcta para la comprensión de la Escritura. En ninguno de estos casos, en que el principio de interpretación se sitúa en una instancia distinta de la Escritura, se considera que la autoridad sea algo ajeno al concepto central de la Sagrada Escritura. Por el contrario, se considera que tal principio proporciona tan sólo la clave para comprender lo que dice la Escritura.

54. La lealtad a nuestra comprensión confesional de la Sagrada Escritura produce a la vez convergencia y divergencia en la interpretación de la Escritura. P. ej., un anglicano y un bautista concordarán con toda seguridad en muchas cuestiones al interpretar las Escrituras (tomando la interpretación en su sentido amplio), pero diferirán en otras. Pueden mencionarse como ejemplo también las interpretaciones divergentes dadas a Mateo 16,18 en la teología católico romana por una parte, y en la ortodoxa y protestante por otra. ¿Cómo podremos superar una situación en la que todos leen las Escrituras a la luz de nuestras propias tradiciones?

55. La exégesis moderna ha contribuido ya en gran medida para acercar entre sí a las diferentes iglesias, conduciéndolas a la Tradición. En esta línea se hace necesaria una ulterior profundización en el problema hermenéutico: a saber, cómo podemos llegar a una interpretación adecuada de las Escrituras, de manera que la Palabra de Dios nos interpele y salvaguarde a la vez la Escritura de una exégesis subjetiva y arbitraria.

El hecho mismo de que Dios haya bendecido a la Iglesia con las Escrituras, ¿no está exigiendo en la actualidad que se intensifique el estudio en común de las Escrituras cada vez que se encuentren representantes de las diversas iglesias? ¿No deberíamos estudiar más a los Padres de todos los períodos de la Iglesia y sus interpretaciones de las Escrituras a la luz de nuestra tarea ecuménica? ¿No exige de nosotros la situación ecuménica que busquemos la Tradición, revisando con sinceridad nuestras propias tradiciones particulares?

II. UNIDAD DE LA TRADICION Y DIVERSIDAD DE LAS TRADICIONES

56. Iglesia y tradición son inseparables. Por supuesto, tradición no quiere decir tradicionalismo. La Tradición de la Iglesia no es un objeto que podamos poseer, sino una realidad que nos posee. La vida de la Iglesia tiene su fuente en el acontecimiento revelador de Dios en Jesucristo, y en el don del Espíritu Santo a su pueblo, así como en su creación en la historia. A través de la acción del Espíritu Santo una nueva comunidad, la Iglesia, es constituida y enviada para que la revelación divina y la vida que está en Jesucristo puedan ser transmitidas hasta los confines de la Tierra y hasta el fin de los tiempos. El contenido de la Tradición no sólo mira hacia atrás, hacia sus orígenes en el pasado, sino también hacia la plenitud que será revelada. La vida de la Iglesia transcurre en una continua rememoración, apropiación y transmisión del acontecimiento único e irrepetible de la venida de Cristo en la carne, y en la espera anhelante de su venida en gloria. Todo esto halla expresión en la Palabra y en los sacramentos, en los cuales «proclamamos la muerte del Señor hasta que El venga» (1 Cor 11,26).

57. Hay al menos dos maneras diferentes de comprender la Tradición. La primera es sostenida con mayor nitidez por los ortodoxos. Para ellos la Tradición no es sólo la obra de Dios en Cristo, el cual viene por obra del Espíritu Santo para salvar a todos los hombres que creen en El; es también la propia fe cristiana, transmitida en su pureza y totalidad, y explicitada en la continuidad sin ruptura a través de acontecimientos concretos en la vida de la Iglesia Católica y Apostólica de generación en generación. Para otros, la Tradición es en esencia lo mismo que la revelación en Cristo y la predicación de la Palabra confiada a la Iglesia cuyo ser está sostenido por ella, y que se expresa con grados diversos de fidelidad en diferentes formas condicionadas históricamente, sobre todo en las tradiciones. Otros comprenden la Tradición y las tradiciones como una combinación de elementos de las dos posiciones anteriores. Avances recientes en el estudio bíblico e histórico y la experiencia del encuentro ecuménico están llevando a muchos a descubrir nuevos valores en las posiciones que antes ignoraba. El tema continúa abierto.

58. En las diferentes posiciones mencionadas se distingue con claridad entre la Tradición y las tradiciones. Pero, mientras en el primer caso se sostiene que la Tradición se halla en la unidad concreta y orgánica de la única Iglesia, en la segunda se acepta que la única Tradición puede hallar expresión en diversas formas, no todas igual y necesariamente completas. El problema de las muchas iglesias y de la única Tradición aparece de forma muy distinta en cada una de las dos posiciones. Pero, aunque por un lado es posible mantener que la Iglesia ni puede estar ni ha estado dividida, y concebir por otro la posibilidad de la existencia de muchas iglesias que comparten la Tradición única aún sin estar en comunión entre ellas, nadie está satisfecho con el presente estado de separación.

59. Gran parte de nuestros malentendidos y desavenencias acerca de este asunto surgen del hecho de nuestra prolongada trayectoria histórica de extrañamiento y división. Durante siglos las diversas comuniones cristianas han ido desarrollando sus propias tradiciones de estudio histórico y sus modos específicos de considerar el pasado. El surgimiento de la idea de un estudio estrictamente científico con espíritu objetivo y preciso ha contribuido a mejorar la situación. Pero el trabajo resultante se ve a menudo seriamente limitado por no reparar en los problemas teológicos de fondo implicados en la historia de la Iglesia. Recientemente ha aparecido un estudio de la historia verdaderamente ecuménico en su orientación y en su espíritu.

60. Creemos que si se persevera en esa línea de estudio, los resultados pueden llegar a tener una enorme trascendencia para resolver los problemas actuales de la vida de la Iglesia: «quienes no son capaces de comprender su historia están condenados a repetirla» (Santayana). Creemos también que tal estudio resultará provechoso al ofrecer nuevas perspectivas que ayuden a comprender los aspectos más controvertidos de nuestro pasado común. Recomendamos por ello concretamente que Fe y Constitución promocióne tales estudios, asegurándose la colaboración de eruditos de diferentes confesiones, tratando de conseguir unas nuevas perspectivas de las épocas y de los acontecimientos cruciales de la historia de la Iglesia especialmente aquellos en los que la discontinuidad es evidente.

61. Al llegar a este punto se plantea otro problema. En un momento en que la humanidad se hace cada vez más consciente de su unidad, cuando nos enfrentamos al nacimiento de una civilización global, los cristianos estamos llamados a tomar nueva conciencia de la universalidad de la Iglesia y de su historia en relación con la historia de la humanidad. Esto significa que, tanto en el estudio teológico como en la enseñanza pastoral debemos intentar superar el parroquialismo de la mayoría de los estudios de la historia de la Iglesia y transmitir una idea de la historia del Pueblo de Dios como un todo. Pero ¿cómo hacerlo. ¿No requiere el trabajo de historiadores con capacidades sobrehumanas? ¿Es posible para el investigador, limitado como está por su propio trasfondo cultural, histórico y eclesial, alcanzar esta visión universal? Por supuesto que no, aunque creemos que algo podría lograrse trabajando en colaboración. De hecho, puntos de vista especializados, aunque limitados, pueden ser contrastados y complementados con los de otros especialistas. Por ejemplo, un grupo puede dominar mayor número de lenguas y de literaturas que un solo individuo por muy capaz que sea. La filosofía y la teología de la historia plantean cuestiones que señalan tanto al peligro del mero tradicionalismo como al valor permanente del tradicionalismo auténtico. Son cuestiones que debemos tener permanentemente en cuenta.

62. Nos hemos ocupado asimismo de un tercer aspecto de nuestra preocupación histórica. Somos conscientes de que a lo largo de esta Conferencia hemos vivido una experiencia nueva y si precedentes en el Movimiento ecuménico. Por primera vez en el diálogo de Fe y Constitución la Ortodoxia oriental y las demás Iglesias orientales han estado ampliamente representadas en nuestras reuniones. Se ha abierto una nueva dimensión para Fe y Constitución, de la que sólo columbramos las posibilidades futuras. Resulta evidente que gran parte de nuestros problemas de comunicación han surgido por una comprensión inadecuada de la vida e historia de las Iglesias orientales, algo que se puede hallar inclusive entre eruditos occidentales, y viceversa. Aquí tenemos un área en la que recomendamos seguir trabajando, p. ej., acerca del *filioque*, su origen y sus consecuencias. Hay otros dos temas de estudio que recomendamos a la Comisión de Fe y Constitución. Consideramos importante emprender juntos un estudio de los con-

cilios de la Iglesia antigua y recomendamos un examen del material catequético usado actualmente en las iglesias, así como de los métodos con los cuales todo este material podría revisarse a la luz del movimiento ecuménico.

63. En todo esto no perdemos de vista la naturaleza del mundo en que vivimos, ni los problemas culturales e intelectuales de hoy. Muchos de nuestros contemporáneos quizá sospechen que nuestro interés por el pasado revela el deseo de un mero replanteamiento de viejas costumbres e ideas, las cuales carecen de interés para los problemas urgentes de nuestro tiempo. Reconocemos que en muchos lugares se cuestionan hoy las tradiciones humanas, tanto nacionales y sociales como ciertamente las religiosas, y que en esta era de avances científicos y tecnológicos muchos tienden a considerar insignificante la herencia del pasado. Por nuestra parte reconocemos los elementos positivos de la situación actual. Por esta razón hemos situado al principio de esta parte el contraste tradición-tradicionalismo. El pasado al que nos referimos no es sólo un tema de estudio académico.

Es un pasado cargado de valor para nosotros, en la medida en que nos lo apropiamos mediante un acto de decisión personal. En la Iglesia revivimos este pasado al compartir la única Tradición, pues de este modo nos unimos a Aquél que es Señor de la historia, el que era es y ha de venir; y Él es Dios de vivos y no de muertos.

III. TRADICION CRISTIANA Y DIVERSIDAD CULTURAL

64. En lo tratado hasta aquí nuestro interés ha sido principalmente comprender la Tradición en su relación con el pasado, con el único e irrepetible acontecimiento de la venida de Cristo en carne, de su muerte y resurrección, y con la obra continua del Espíritu Santo dentro de la Iglesia. Pero hemos reconocido en cuanto se ha dicho que la Tradición mira también al presente y al futuro. La Iglesia ha sido enviada por Cristo a proclamar el Evangelio a todos los hombres; la Tradición debe transmitirse en el tiempo y en el espacio. Dicho de otro modo, la Tradición posee una dimensión misionera vital en todo lugar, porque el mandato del Señor es ir a todas las naciones. Todos concordamos, cualesquiera sean nuestras

diferencias de interpretación, que hay este elemento dinámico en la Tradición y que viene de la acción de Dios en la historia de su pueblo y de su cumplimiento en la persona y obra de Cristo, y en que se proyecta hacia la consumación de la victoria del Señor al final de los tiempos.

65. Los problemas suscitados por la transmisión de la Tradición en lugares y culturas diversos, y por la variedad de tradiciones en las que ha sido transmitida la única Tradición, son comunes para todos los cristianos aunque revistan formas diversas. En su forma más aguda se perciben en la vida de las iglesias jóvenes de Asia y Africa y de forma menos patente, aunque no menos real, en lo que antes se llamaba la cristiandad occidental. Tomando como ejemplo el problema de las iglesias más jóvenes, resulta que en un país más bien pequeño y característico llega a haber más de ochenta diferentes denominaciones cristianas. ¿Cómo encontrar entre estas tradiciones la Tradición? Por otro lado, en la construcción de nuevas naciones hay una necesidad concreta de todo aquello que pueda aglutinar a los seres humanos. ¿Van a ser los cristianos, a quienes se les ha encomendado el ministerio de la reconciliación, un factor de división en tal momento? En estas circunstancias de prueba deben afrontarse los problemas de fondo sobre cómo la Iglesia puede encarnarse verdaderamente en cada cultura, poniendo al servicio de Cristo cuanto hay de bueno en toda cultura y nación, sin caer por ello en el sincretismo.

66. Cuando la Palabra se hizo carne, el Evangelio llegó a los hombres a través de un medio cultural concreto, el del mundo palestino del momento. Así, cuando la Iglesia lleva la Tradición a nuevos pueblos, es necesario que de nuevo el contenido esencial pueda expresarse en los términos de las nuevas culturas.

Así, en la gran expansión misionera de la Iglesia Oriental, la Tradición se transmitía mediante la vida de la Iglesia a nuevas culturas y lenguas tales como la rusa y las de otros campos de misión. De la misma forma que el uso de la lengua eslava fue necesario para transmitir la Tradición a los eslavos, es hoy necesario el uso de nuevas lenguas y formas de expresión que puedan ser comprendidas por aquellos a quienes se dirige la buena nueva. En orden a que esto se realice genuinamente es necesario adquirir el conocimiento

suficiente de la cultura y lengua en cuestión, junto a un estudio cuidadoso de las lenguas del Antiguo y Nuevo Testamento y a un conocimiento comprensivo de la historia de la Iglesia. Por el poder del Espíritu Santo los Apóstoles recibieron la capacidad para predicar las poderosas obras de Dios a cada hombre en su propia lengua, siendo así unidas las diferentes naciones y culturas en el servicio de Dios. El reconocimiento de estos hechos pueden evitar que los cristianos de países con pequeñas minorías cristianas caigan en el peligro de mentalidad de *ghetto*.

67. El contenido de la Tradición no puede definirse con exactitud, porque la realidad que transmite nunca puede ser contenida totalmente en puras proposiciones. Según el punto de vista ortodoxo, la Tradición incluye una comprensión de los acontecimientos registrados en el Nuevo Testamento, de los escritos de los Padres, de los credos y concilios ecuménicos y de la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos. Todas las iglesias pertenecientes al CEI están unidas en la confesión del Señor Jesucristo «como Dios y Salvador, conforme a las Escrituras, y se esfuerzan en cumplir juntas su vocación común, para gloria del Dios uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo». Esta base común a todos los miembros salvaguarda una posición desde la cual podemos intentar constantemente avanzar en la comprensión de la plena revelación de Dios y corregir nuestro conocimiento parcial de la verdad. En esta tarea de procurar comprender la relación entre la Tradición y las tradiciones surgen problemas de muy difícil solución y de importancia crucial. A menudo no se encuentra respuesta a estos problemas fuera de las situaciones específicas en que se plantean. No existen soluciones hechas. Sin embargo, podemos decir algunas cosas.

68. Lo que es esencial en el contenido e interpretación del Antiguo y Nuevo Testamento continúa siendo esencial para la Iglesia en cualquier situación. Además, el Espíritu Santo ha sido enviado para guiar a la Iglesia hacia la verdad completa. Las decisiones que las comunidades del pueblo creyente de Dios deben tomar, tienen que decidirlas confiando en esta dirección del Espíritu en el seno de la Iglesia y conscientes de la intervención providencial de Dios en el mundo. En el proceso de aculturación (entendido en su sentido más amplio), no puede admitirse nada que contradiga la

buena nueva de lo que Dios ha hecho, hace y hará para la redención del mundo por medio de nuestro Señor Jesucristo, tal y como se expresa en las fórmulas cristológicas y trinitarias de la fe de la Iglesia. En cada situación concreta el Evangelio debería ser proclamado de tal manera, que pudiera ser experimentado, no como una pesada ley, sino como «un poder jubiloso, liberador y reconciliante». La Iglesia debe evitar con todo cuidado aquello que pueda ofender innecesariamente en la proclamación de su mensaje, pero nunca debe ocultarse el verdadero escándalo de la cruz, que es locura para el mundo. Y así, es necesario esforzarse siempre por transmitir la Tradición en su plenitud y permanecer en el seno de la comunidad del pueblo de Dios. Debe evitarse la tentación de subrayar en exceso aquellos elementos que resulten más gratos a una cultura concreta. Sólo aceptando en plenitud la verdad de Dios será capaz la Iglesia de cumplir su misión y presentar un testimonio auténtico.

69. El proceso de transmisión lleva consigo la dialéctica de relacionar la Tradición con cada situación cultural diferente en que viven los hombres, hasta donde sea posible, y a la vez de demostrar que trasciende todo aquello que divide a los hombres entre sí. De aquí se deriva el hecho de que la Tradición revela en mayor grado su carácter universal, cuanto más se exprese en los diferentes términos de las culturas concretas. Sólo «en comunión con todos los santos» (Ef. 3,18-19) llegamos al conocimiento de la plenitud del amor y de la gloria de Cristo.

70. La catolicidad, como don de la gracia de Dios, nos llama a una tarea. Es un concepto de inmensa riqueza, cuya definición no pretendemos hacer aquí. Puede buscarse y recibirse sólo a través del conocimiento y del amor de la totalidad del cuerpo de Cristo, por medio del testimonio del señorío de Cristo en todos los aspectos de la vida humana, y mediante una identificación compasiva con cada ser humano en su necesidad particular.

71. La mayoría de las iglesias sostiene que su obra misionera consiste no tanto en reproducirse a sí mismas, cuanto en plantar de alguna manera la *una sancta ecclesia*. Sin duda este hecho tiene consecuencias que apenas adivinamos y aún menos hemos estudiado, tanto respecto a la vida de las iglesias-madres, como también para

todo lo que significa la institución de una iglesia en una época ecuménica. Es preciso que se reconozca la libertad de las iglesias recién fundadas de manera que, tanto la iglesia madre como la iglesia hija puedan juntas recibir el don único de la gracia de Dios. Esto exige fidelidad a la *koinonía* completa de la Iglesia de Cristo, aun cuando nos veamos comprometidos por problemas concretos. En relación con esto reconocemos la imperiosa necesidad del estudio de la historia, vida y misión de la Iglesia, hecho desde una perspectiva ecuménica. Todos deben trabajar juntos procurando recibir y manifestar la plenitud de la verdad de Cristo.

72. El problema de comunicar hoy esta verdad plena es sentido en todo el mundo moderno. Ello se debe a la aparición en nuestro tiempo de una civilización global, creada por los avances tecnológicos continuos y cimentada en una perspectiva científica que transforma nuestro concepto del universo. La nueva cosmología que *está tomando forma desafía* nuestras concepciones tradicionales del hombre y de la naturaleza, tanto en sí misma como en su relación entre sí. En medio de estos desarrollos y, en parte debido a ellos, están teniendo lugar cambios radicales en la estructura social en todo el mundo. La Iglesia afronta así una doble responsabilidad. La Tradición debe transmitirse simultáneamente de diversas maneras: por una parte, en el lenguaje popular y cotidiano; por otra, en términos aceptables para el pensamiento contemporáneo más complejo y crítico. La seriedad de esta revolucionaria situación es difícilmente exagerable. Hemos visto sus peligros inherentes, pero es necesario convertir en realidad sus enormes potencialidades.

73. Nuestra reflexión sobre la fe cristiana carece muy a menudo de una visión y orientación de futuro. La frase *in partibus infidelium* se refiere hoy al universo entero. Experimentos de trabajo pastoral y evangélico, como las capellanías industriales y las «parroquias en bajos comerciales», son intentos pioneros de resolver esta necesidad. El testimonio más profundo nace siempre de la vida misma de la Iglesia, mediante su oración y su culto sacramental y, de la manera de llevar en silencio la cruz. Al analizar juntos nuestros problemas comunes, podemos encontrarnos con que Dios está usando las presiones del mundo para romper las barreras que nos dividen. Debemos reconocer la oportunidad que se nos brinda y

con vigor y osadía cumplir la gran tarea de la Iglesia de transmitir la Tradición, la palabra de gracia y esperanza a los hombres en esta nueva cultura global, tal y como fue predicada en el pasado en Jerusalén, en Grecia, Roma, las Galias, y en los lugares más remotos de la Tierra.